

Francisco Javier Beltrán Cabrera

Emily Dickinson: un texto olvidado de Gilberto Owen

El siguiente texto, aún no incluido en las *Obras* completas de Gilberto Owen, fue publicado el 29 de abril de 1934 en la página 8 de *Lecturas Dominicales*, suplemento de *El Tiempo*, de Bogotá. En esa misma fecha y suplemento, se publicó en las páginas centrales —6 y 7— la traducción que el rosarino hizo de ocho poemas de Emily Dickinson. Tales traducciones "a ojo de Owen" —como él mismo las llamó— se dieron a conocer en nuestro país el 9 de julio de 1978 en "El Sol de México en la Cultura",¹ época en que Josefina Procopio, Miguel Capistrán, Luis Mario Schneider e Inés Arredondo terminaron de preparar las *Obras* de Gilberto Owen, con prólogo de Alí Chumacero, libro que vio la luz en 1979 bajo el sello del Fondo de Cultura Económica. Sin embargo, en ninguna de estas dos publicaciones mexicanas se incluyó el artículo escrito por Owen e intitulado "Emily Dickinson (datos biográficos)". Se trata de un texto que contextualiza los ocho poemas traducidos por Owen,² sin embargo —seguramente con la idea de no estorbar la lectura de los poemas de la Dickinson—, se publicó en un recuadro de la siguiente página. El contraste entre la vistosa disposición de las traducciones, que ocupan las dos páginas centrales en gran formato, y el pequeño recuadro con las palabras de Owen sobre Dickinson en página aparte, permite la hipótesis de que la ausencia del breve artículo en las distintas publicaciones mexicanas se debe a una involuntaria omisión. Es probable que se haya escondido a los afanosos buscadores.

Muy en su estilo, éstas son las palabras de Owen sobre Emily Dickinson.

EMILY DICKINSON (DATOS BIOGRÁFICOS)

Cuando Conrad Alken, en nombre de su generación americana, afirmaba hallar en la poesía de Emily Dickinson "la más fina, quizá, que mujer alguna de habla inglesa haya escrito", sólo merecía reproche, de Martin Armstrong y los poetas británicos, por la timidez de su quizá. Y de nosotros también, ahora y en los días en que descubríamos y dibujábamos amorosamente los litorales de su mundo

(en el estío indiano de aquella peregrinación a Amherst que cuenta decididamente en nuestra vida), intentando seguirla en su mínima odisea de "Balboa de su casa y su jardín". Mundo extraño e inesperado, que nos desconcertaba con sus líneas pueriles y simples, sus formas irresueltas, sus colores elementales, entre las cuatro tapias del convento familiar, sobre el que ella reconocía áreas de sobrenatural a las cuales lanzaba la blasfemia íntegra de Blake.

En aquel viaje, que llenaba de dificultades la vecindad del ex presidente Pero Grullo —todos sabían mejor la casa de Coolidge³ que la de Emily— recogíamos detalles demasiado pueriles para andar en los libros; de su padre (aquel doctor Dickinson que un día tocaba la campana de incendios del pueblo para que los habitantes se llegasen a admirar una puesta de sol), del amante, largo y desgarrado, junto al cual se vería ella como Ana al lado de Lindbergh, de Sue y de la otra hermana inasible. Luego aprendimos cuán superficial y vana nuestra búsqueda, si los datos reales de su biografía estaban, vivos y ardorosos, en sus poemas y en su epistolario.

Bastan estos detalles exactos: Emily Dickinson nació en Amherst el 10 de diciembre de 1830; murió en la misma casa, de la que sólo saliera en la breve temporada que agota su experiencia de amor, el 16 de mayo de 1886. Escribió casi 800 poemas, que no destinaba al público, y que por ello se resienten algunas veces de inconclusión. Monja laica, esquiva al mundo física y espiritualmente, cerraba su mundo de poesía a todos los que la rodeaban, y sólo pudieron sus pocos amigos decidirla a publicar, durante su vida, dos o tres poemas en el periódico local. Pasó su vida leyendo los "Boletines de la eternidad", que a diario la visitaban.

Pocos años después de su muerte se publicaron sus "Poemas" (1890, 92 y 96), en tres series, y "El mastín solitario" (1914). Pero tocaba a la generación de 1924 el reconocimiento total de su genio, que una crítica severa erige al frente de la moderna poesía inglesa.

Emily Dickinson no es casi conocida en español; Juan Ramón Jiménez tradujo un poema suyo, en el viaje del poeta recién casado a Nueva Inglaterra; Gilberto Owen ha traducido una selección de 200 de sus poemas, de los cuales se toman los que aparecen en esta página, aún inéditos.

Los ha llamado "traducciones a ojo" para expresar la actitud de improvisación y descuido que, cuidadosa y trabajosamente, ha tenido que adoptar en esta obra, eludiendo con cautela el léxico solemne y la retórica convencional que Emily Dickinson rechazaba y violaba inexorablemente, sin entender de la poesía el temblor inexplicable, inaudible e invisible que revela este párrafo de una de sus cartas:

"Si al leer un libro siento que todo el cuerpo se me hiela, en forma tal que ningún incendio podría calentármelo, yo sé bien que es poesía. Si siento al leerlo, en sensación solamente física, como si me arrancasen el cráneo, yo sé bien que es poesía. Son ésas las únicas maneras que tengo yo de saberlo".

Pasmado ante este resucitar suyo magnífico en otro siglo, atravesando, tan buen buzo como Stendhal, la tempestad en una lágrima del ochocientos, tan pura su voz en la distancia, su traductor al español compuso una larga elegía que arrancaba así:

*Toda la noche bailáramos un viento que pensaba
pongamos la lámpara bajo el almud
sepamos la medida exacta de su luz
que si en tanto a ninguno alumbra
ya guiará a los pródigos de 2030 en su busca*

Bogotá, abril de 1934.
Gilberto Owen

Así vaticinaba Owen el futuro de la poesía de Dickinson, su resurgimiento en el año 2030.

Recuperar ese artículo tiene importancia no sólo por su ausencia tanto en el adelanto que Schneider divulgó en el suplemento cultural de *El Sol de México* y en la edición del FCE, sino porque, en el más puro estilo oweniano, su autor revela la deferencia que concede a la poesía de Emily Dickinson. No sin razón, Owen reconoce la importancia de la poeta norteamericana y la influencia que tuvo en él, puesto que tienen en común un ejercicio poético cuya materia existencial básica radica en su propia vida: "Luego aprendimos cuán superficial y vana nuestra búsqueda, si los datos reales de su biografía estaban, vivos y ardorosos, en sus poemas y en su epistolario". "Vivos y ardorosos" son los términos con que se explica una empatía, puesto que así habían de ser en *Simbad el varado* las marcas de otra existencia, la del sinaloense que, por esos años, 1934, ya había iniciado el viaje a su interior, viaje que quedaría configurado en la "Bitácora de febrero", una de las partes de su poemario mayor, *Perseo vencido*.

Este texto olvidado de Gilberto Owen confirma la opinión de críticos como Sandro Cohen y la del propio Luis Mario Schneider en torno a la cercanía entre Owen y Emily Dickinson. Repito las palabras de Schneider en el artículo con que presentó los poemas traducidos:

Para un lector de Owen, resultaba casi evidente una afinidad espiritual con la extraña Emily Dickinson. En la poesía de ambos se respira ese aire de espontaneidad y sencillez buscadas que se logra al través de una excesiva síntesis mental y se nutre de concordancias afectivas hacia las trasmutaciones cotidianas: las horas, los días, los meses, los años, las estaciones, los elementos y accidentes naturales. El encuentro de la traducción de ocho poemas de la escritora norteamericana confirma rotundamente la intuición de este parentesco.

"La intuición", dice Schneider. Pero el breve artículo de Owen nos da claros elementos para verificar las afinidades entre creador-lector-traductor. Owen asegura haber hecho doscientas traducciones de otros tantos poemas de la escritora, de los cuales publica ocho. ¿Los demás? Tal vez en la imaginación de Owen, o en algunas páginas de otros suplementos aún no recopilados. En todo caso se trata de una declaración de amoroso reconocimiento a la poesía, o a la coincidencia en ambos de esa manera de ver desde sí mismos el exterior. Como traductor, agrega el respeto al alejamiento de la retórica convencional de la escritora —de líneas pueriles y simples— que dice traducir "al ojo", y no "al oído", prefiriendo la imagen a la musicalidad del verso.

La declaración de doscientas traducciones de los ochocientos poemas de Dickinson es probablemente una hipérbole, como muchas tantas en su vida, llenas de amabilidad de un Owen caballero que admira a su colega. En todo caso, el pequeño poema (parte de una larga elegía que presuntuosamente dice

tener)⁴ que agrega a su nota y con el cual finaliza su admiración, tendría que ser agregado a la lista de declaraciones afines que dedica a otros poetas como Xavier Villaurrutia ("Alusiones a X", "De la ardua lección", "Allá en mis años") y Jorge Cuesta ("La Ley de Owen", poema de Jorge Cuesta que Owen le revierte), pero también habría que distinguirlo como otro poema, en la no muy amplia obra de Gilberto Owen.

En el artículo, resalta la admiración por la vida de Emily Dickinson, particularmente ante situaciones como la decisión que tomó de recluirse en su residencia, lo que da pie para que el rosarino compare la casa con el convento, lo que hace de la norteamericana la monja laica, como paradójicamente la califica.

Pero me parece mucho más importante resaltar la declaratoria-reconocimiento de que la visita a la casa de Emily Dickinson lo marcó "decididamente". Owen se asombra y toma nota del procedimiento de su admirada escritora para reconocer la poesía a través de sensaciones corporales o físicas provocadas por la lectura: "Si al leer un libro siento que todo el cuerpo se me hiela, en forma tal que ningún incendio podría calentármelo, yo sé bien que es poesía. Si siento al leerlo, en sensación solamente física, como si me arrancasen el cráneo, yo sé bien que es poesía. Son ésas las únicas maneras que tengo yo de saberlo". Al transcribir las palabras de la Dickinson, Owen se afilia a esa definición de poesía que, sin pensar en lo formal, importa más por el efecto en el termómetro emocional de la inteligencia y sensibilidad del lector para reconocerla. Éste es un aspecto que Owen, a partir de entonces, tuvo presente al escribir su poesía.

LC

Notas

1 "El Sol de México en la Cultura", Suplemento Cultural núm. 197, (México, D.F., 9 de julio de 1978) pp. 1-7. El anuncio de la próxima aparición del libro con las obras completas de Gilberto Owen editado por el FCE fue escrito por Daniel Dueñas en la nota "Repertorio", página 2, a modo de presentación del contenido del suplemento, dedicado en sus siete de las doce páginas totales a textos de Gilberto Owen recuperados por Luis Mario Schneider. Schneider reitera que "actualmente se prepara la segunda edición de su obra [de Owen], que incluirá materiales olvidados, textos desconocidos y una serie de cartas", en el artículo "Al rescate de un 'Contemporáneo' semiolvidado" en la página 3 del mismo suplemento.

2 En el texto de Alfredo Rosas del presente número de *La Colmena* se encuentran los poemas a que se hace referencia. [N. de la R.]

3 John Calvin Coolidge, Jr. (4 de julio de 1872-5 de enero de 1933), gobernador de Massachusetts de 1918 a 1920 y decimotercer presidente estadounidense de 1923 a 1929.

4 No es la única vez que Owen declara escribir poemas mayores: en 1923 dice tener un largo poema llamado "La lección del águila", del cual sólo se conoce un fragmento subtítulo "Oda a Juárez"; parte de esta leyenda es el "Mundo perdido", que Luis Alberto Sánchez dijo conocer como "un poema largo del que me leyó estancias en Guayaquil" ("Gilberto Owen", *El Tiempo*, Bogotá, 13 de abril de 1952, p. 3).



[Regresar al sumario](#)

[Volver a página principal](#)

